

leia el Evangelio, y la preciosa planta brota por do quiera en el instante de llegar al suelo la semilla fecunda. ¡Admirables desig- nios de la Providencia! El cristianismo perseguido en las ciuda- des, fertiliza y hermosea los desiertos: el precioso grano no ha menester para su desarrollo, ni el jugo de la tierra, ni el delicado ambiente de una atmósfera templada: cuando la tempestad le lle- va por los aires en las alas del huracán, nada pierde de su vida; arrojado sobre la roca, no perece: la furia de los elementos nada puede contra la obra del Dios que cabalga los aquilones; y no es estéril la roca, cuando quiere fecundarla el que hizo surgir de un peñasco manantiales de agua pura al contacto misterioso de la vara de su profeta.

Dada la paz á la Iglesia por el vencedor de Maxencio, pudié- ronse desarrollar en todas partes los gérmenes preciosos conteni- dos en el seno del cristianismo; y desde entonces, no se ha visto jamas, ni por breve espacio, la Iglesia sin comunidades religiosas. Con la historia en la mano se puede desafiar á los enemigos de ellas, á que señalen esa época, ese breve espacio, en que hayan desaparecido del todo: bajo una ú otra forma, en este ó aquel país, han continuado siempre en la existencia que recibieron des- de los primeros siglos del cristianismo.

El hecho es cierto, constante, hállase á cada paso en todas las páginas de la historia eclesiástica, ocupa un lugar distinguido en todos los grandes acontecimientos de los fastos de la Iglesia. El se ha reproducido en Occidente como en Oriente, en los tiempos modernos como en los antiguos, en las épocas prósperas como en las desgraciadas, cuando esos institutos han sido objeto de grande estima, igualmente que cuando lo fueron de persecucion, de burlas y calumnias. ¿Qué prueba mas evidente de la existen- cia de relaciones íntimas entre esos institutos y la religion? ¿Qué indicio mas claro, de que son con respecto á ella un fruto espon- táneo? En el orden físico como en el moral, se estima como una prueba de la dependencia de dos fenómenos, la constante apari- cion del uno en pos del otro; si los fenómenos son tales, que con- sientan la relacion de causa y efecto, y en la esencia del uno se encuentran los principios que han debido producir el otro, se ape- llida al primero causa, y al segundo efecto. Donde quiera que se establece la religion de Jesucristo, se presentan bajo una ú otra forma las comunidades religiosas; luego estas son un espon-

táneo efecto de aquella. Ignoro lo que puedan responder nues- tros adversarios á una prueba tan concluyente.

Mirada la cuestion bajo este aspecto, explícanse muy natural- mente la proteccion y el favor, que los institutos religiosos han obtenido siempre del sumo pontífice. Este ha de obrar conforme al espíritu que anima á la Iglesia de la que es el gefe supremo sobre la tierra; y no es ciertamente el papa quien ha dispuesto, que uno de los medios mas á propósito para llevar á los hombres á la perfeccion, fuese el reunirse en asociaciones bajo ciertas re- glas, conforme á la enseñanza del Divino Maestro. El Eterno lo habia ordenado así en los arcanos de su infinita sabiduría, y la conducta de los papas no podia ser contraria á los designios del Altísimo. Se ha dicho que mediaron fines interesados, que la po- litica de los papas encontró aquí un poderoso recurso para sos- tenerse y engrandecerse; pero ¿tambien eran sórdidos instrumen- tos de una política astuta las sociedades de los fieles de los pri- meros tiempos, los monasterios de las soledades de Oriente, tan- tos institutos que no han tenido otro objeto que la santificacion de los mismos que los profesaban, ó el socorro y consuelo de al- guno de los grandes infortunios que afligen á la humanidad? Un hecho tan general, tan grande, tan benéfico, no se explica por miras interesadas, por designios mezquinos: su origen es mas al- to, mas noble, y quien no lo halle en el cielo, deberá buscarlo cuando menos en algo mas grande que los proyectos de un hom- bre, que la política de una córte; deberá buscarlo en ideas eleva- das, en sentimientos sublimes, que ya que no lleguen al cielo, abarquen por lo menos un vasto ámbito de la tierra; en alguno de aquellos pensamientos que presiden á los destinos de la hu- manidad.

Quizás algunos se inclinarian á suponer particulares designios á los papas, viendo intervenir su autoridad en todas las funda- ciones de los últimos siglos, y pendientes de su aprobacion las reglas á que habian de sujetarse los diferentes institutos; pero el curso seguido por la disciplina eclesiástica en este negocio nos indica, que lejos de haber dimanado de miras particulares la ma- yor intervencion de los papas, procedió de la necesidad de impe- dir que un celo indiscreto, no multiplicase en demasía las órde- nes religiosas, y que no se introdujeran abusos. En los siglos XII y XIII se desplegó de tal manera la inclinacion á nuevas

fundaciones, que sin la vigilancia de la autoridad eclesiástica, hubieran resultado inconvenientes de cuantía; y por esta causa, vemos que el sumo pontífice Inocencio III acude muy oportunamente al remedio, ordenando en el concilio de Letran, que si álguien quiere fundar de nuevo una casa religiosa, tome una de las reglas ó instituciones aprobadas. Pero prosigamos nuestro intento.

Si se niega la verdad de la religion cristiana, si se ridiculizan los consejos del Evangelio, compréndese muy bien cómo puede reducirse á nada el espíritu de las comunidades religiosas en lo que tiene de celestial y divino; pero asentada la verdad de la religion, no es posible concebir cómo hombres que se glorían de profesarla, pueden mostrarse enemigos de los institutos religiosos, considerados en sí mismos. Quien admite el principio ¿cómo puede desecharse la consecuencia? Quien ama la causa ¿por qué rechaza el efecto? Esos hombres ó afectan hipócritamente una religion que no tienen, ó profesan una religion que no comprenden. Cuando no tuviéramos otra señal del espíritu anti-evangélico que guió á los corifeos de la pretendida reforma, debería bastarnos su odio á una institucion tan evidentemente fundada en el mismo Evangelio. Pues ¿qué? ellos, los entusiastas de la lectura de la Biblia, sin notas ni comentarios, ellos que tan clara querian encontrar en todos los pasages, ¿no vieron, no comprendieron el sentido tan obvio, tan fácil de aquellos lugares, donde se recomienda la abnegacion de sí mismo, la renuncia de todos los bienes, la privacion de todos los placeres? Claros están los textos, no pueden torcerse á otra significacion, no piden para su inteligencia el estudio profundo de las ciencias sagradas ni de las lenguas; y sin embargo, no fueron entendidos: ¡oh! ¡cuánto mejor diremos que no fueron escuchados! La inteligencia bien los comprendía, pero la pasion los rechazaba.

Por lo que toca á esos filósofos que han mirado los institutos religiosos como cosa inútil y despreciable, cuando no dañosa, harto se conoce que han meditado muy poco sobre el espíritu humano, sobre los sentimientos mas profundos y delicados de nuestro misterioso corazon. Cuando nada han dicho al suyo tantas reuniones de hombres y de mugeres con la mira de santificarse á sí mismos, ó de santificar á los demas, ó de consagrarse al socorro de la necesidad y al consuelo del infortunio, disecada de-

bia de estar su alma por el aliento del escepticismo. El renunciar para siempre á todos los placeres de la vida, el sepultarse en una mansion solitaria para ofrecerse en la austeridad y la penitencia, como un holocausto en las aras del Altísimo, horroriza sin duda á esos filósofos que jamas han contemplado el mundo, sino al través de sus preocupaciones groseras; pero la humanidad piensa de otro modo; la humanidad siente un atractivo por los mismos objetos, que los filósofos escépticos encontraron tan vacíos, tan desnudos de interés, tan aborrecibles.

¡Admirables arcanos de nuestro corazon! Sedientos de placeres y disipados con su loco cortejo de danzas y de risas, apodérase de nosotros una emocion profunda á la vista de la austeridad de costumbres, y de la abstraccion del alma. La soledad, la tristeza misma, tienen para nosotros un indecible hechizo. ¿De qué nace ese entusiasmo que remueve un pueblo entero, que le levanta y le arrastra como por encanto tras la huella del hombre que lleva pintada en su frente la abstraccion de su alma, cuyas facciones indican la austeridad de la vida, cuyo trage y modales revelan el desasimiento de todo lo terreno, el olvido del mundo? Consignado se halla este hecho en la historia de la religion verdadera, y tambien de las falsas: medio tan poderoso para granjearse estimacion y respeto, no fué desconocido de la impostura; la licencia y la corrupcion deseosas de medrar en el mundo, han sentido mas de una vez la necesidad imperiosa de disfrazarse con el trage de la austeridad y de la pureza.

Cabalmente lo mismo que á primera vista pudiera parecer mas contrario, mas repugnante á nuestro corazon, es decir, esa sombra de tristeza derramada sobre el retiro y la soledad de la vida religiosa, es lo que mas nos encanta y atrae. La vida religiosa es solitaria y triste, será pues bella; y su belleza será sublime, y esta sublimidad será muy á propósito para conmovier profundamente nuestro corazon, para grabar en él impresiones indelebles. Nuestra alma tiene en verdad el carácter de desterrada; solo la afectan vivamente objetos tristes; y hasta los que andan acompañados de la bulliciosa alegría, necesitan de hábiles contrastes que les comuniquen un baño de tristeza. Si la hermosura no ha de carecer de su mas hechicero realce, menester será que fluya de sus ojos una lágrima de angustia, que oscile en su frente un pensamiento de amargura, que palidezcan sus mejillas con un re-

uerdo de dolor. ¿Las aventuras de un héroe han de excitar vivo interés? La desdicha ha de ser su compañera, el llanto su consuelo; la recompensa de sus méritos, la ingratitud y el infortunio. ¿Un cuadro de la naturaleza ó del arte, ha de llamar fuertemente nuestra atencion, embargar nuestras potencias, absorber nuestra alma? necesario es que vague entonces por nuestra mente un recuerdo de la nada del hombre, una sombría imágen de la muerte; sentimientos de apacible tristeza han de brotar en nuestro corazon; necesitamos ver el color rojizo que distingue algun monumento en ruina, la cruz solitaria que nos señala la mansion de los muertos, los paredones musgosos que nos indican los restos de la antigua morada de un grande, que pasó algunos instantes sobre la tierra, y desapareció.

La alegría no nos satisface, no cumple nuestro corazon; lo embriaga, lo disipa por algunos momentos, pero el hombre no encuentra en ella su dicha: porque la alegría de la tierra es frívola, y la frivolidad no puede agradar al viagero, que lejos de su patria camina penosamente por un valle de lágrimas. Esta es la razon de que mientras la tristeza y el llanto son admitidos, mejor diremos cuidadosamente buscados, siempre que se trate de producir en el alma impresiones profundas, la alegría y hasta la mas ligera sonrisa son evitadas, desterradas inexorablemente. La oratoria, la poesía, la escultura, la pintura, la música, se han dirigido constantemente por la misma regla, ó mas bien, se han hallado dominadas por un mismo instinto. Mente elevada y corazon de fuego tenia seguramente quien dijo, que el alma era naturalmente cristiana; pues que acertó á encerrar en tan breves palabras las inefables relaciones que enlazan el dogma, la moral y los consejos de esta religion divina, con todo lo mas íntimo, mas delicado y mas noble que se alberga en nuestro corazon.

Ahora bien: ¿conoceis la tristeza cristiana, ese sentimiento austero y elevado, que se retrata en la frente del fiel como un recuerdo de dolor en la sien de un ilustre proscrito, que temple los gozos de la vida con la imágen del sepulcro, que ilumina la lobreguez de la tumba con los rayos de la esperanza, esa tristeza tan sencilla y consoladora, tan grande y severa, que hace despreciar el esplendor y las grandezas del mundo como ilusion pasajera? Esa tristeza, llevada á su perfeccion, vivificada y fecundada por la gracia y sujeta á una santa regla, es la que preside á la fun-

dacion de los institutos religiosos, la que los acompaña siempre, mientras conservan el fervor primitivo que recibieron de hombres guiados por la luz celestial, y animados por el espíritu de Dios. Esta santa tristeza, que consigo lleva la abstraccion de todas las cosas terrenas, es la que procura infundirles y conservarles la Iglesia, cuando rodea de inspiradoras sombras sus calladas mansiones.

Que en medio del furor y convulsion de los partidos la sacrilega mano de un frenético secretamente atizada por la perversidad, clave en un pecho inocente el puñal fratricida, ó arroje sobre una pacífica vivienda la tea incendiaria, bien se concibe; porque desgraciadamente la historia del hombre ofrece abundantes ejemplos de crimen y frenesí: pero que se ataque la misma esencia de la institucion, que se la quiera encerrar en los estrechos límites del apocamiento y pequeñez de espíritu, despojándola de los nobles títulos que honran su origen, y de las bellezas que decoran su historia, esto no pueden consentirlo ni el entendimiento ni el corazon. Esa filosofía mentida que marchita y seca cuanto toca, ha podido empeñarse en tan insensata tarea; pero cuando la religion y la razon no le salieran al paso para confundirla, protestarian sin duda contra ella las bellas letras y las bellas artes; ellas, que se alimentan de antiguos recuerdos, que hallan el manantial de sus maravillas en elevados pensamientos, en cuadros grandes y sombríos, en sentimientos profundos y melancólicos; ellas que se complacen en alzar la mente del hombre á las regiones de la luz, en conducir la fantasía por nuevos y extraviados senderos, en dominar sobre el corazon con inexplicables hechizos.

No, mil veces no: mientras exista sobre la tierra la religion del Hombre Dios que no tenia dónde reclinar su cabeza, y que fatigado del camino, se sentaba cual oscuro viagero á descansar junto á un pozo; del Hombre Dios, cuya aparicion fué anunciada á los pueblos por una voz misteriosa salida del desierto, por la voz de un hombre cuyo vestido era de pelos de camello, que ceñía sus lomos con una zona de pieles, y se alimentaba de langostas y miel silvestre; mientras exista, repetimos, esa religion divina, serán santos, altamente respetables unos institutos, cuyo objeto primordial y genuino es realizar lo que el cielo se proponia enseñar á los hombres con tan elocuentes y sublimes lecciones.

Unos tiempos sucederán á otros tiempos, unas vicisitudes á otras vicisitudes, unos trastornos á otros trastornos; la institucion cambiará de formas, sufrirá alteraciones y mudanzas, se resentirá mas ó menos de la flaqueza de los hombres, de la accion roedora de los siglos, del desmoronador embate de los acontecimientos; pero la institucion continuará viviendo, no perecerá. Si una sociedad la rechaza, buscará en otra su asilo; echada de las ciudades, fijará su morada en los bosques; y si allí se la persigue, irá á refugiarse en el horror de los desiertos. Jamas dejará de encontrar eco en algunos corazones privilegiados la voz de la religion sublime, que teniendo en la mano una enseña de amor y de dolor, la augusta enseña de los tormentos y de la muerte del Hijo de Dios, la Cruz, se dirige á los hombres y les dice: "Velad y orad, para que no entreis en la tentacion; reuníos para orar, que el Señor estará en medio de vosotros; toda carne es heno, la vida es un sueño; sobre vuestra cabeza, hay un piélago de luz y de dicha, á vuestras plantas un abismo; vuestra vida sobre la tierra es una peregrinacion, un destierro;" y que inclinándose sobre la cabeza del mortal, pone sobre su frente la misteriosa ceniza, diciendo: "eres polvo, y á polvo volverás."

Se nos preguntará tal vez, por qué no pueden los fieles practicar la perfeccion evangélica, viviendo cada cual en su familia sin reunirse en comunidad; pero nosotros responderemos, que no es nuestro ánimo negar la posibilidad de esta práctica, aun en medio del mundo; y reconocemos gustosos, que un gran número de cristianos lo han verificado en todos tiempos, y lo están verificando todavía en los nuestros; pero eso no impide que el medio mas seguro y expedito sea el de la vida comun con otros dedicados al mismo objeto y con separacion de todas las cosas de la tierra. Prescindamos por un momento de toda consideracion religiosa; ¿no sabeis el ascendiente que ejercen sobre el ánimo los repetidos ejemplos de aquellos con quienes vivimos? ¿No sabeis cuán fácilmente desfallece nuestro espíritu cuando se encuentra solo en alguna empresa muy penosa? ¿No sabeis que hasta en los mayores infortunios es un consuelo el ver que otros los comparten? En este punto como en los demas, la religion se halla de acuerdo con la sana filosofía; ambas nos enseñan el profundo sentido que encierran aquellas palabras de la Sagrada Escritura: *¡Va soli! ¡Ay del que está solo!*

Antes de concluir este capítulo, quiero decir dos palabras sobre el voto, que por lo comun acompaña á todo instituto religioso. Quizás sea esta circunstancia una de las principales causas que producen la fuerte antipatía del Protestantismo contra dichos institutos. El voto fija, y el principio fundamental del Protestantismo no consiente fijeza ni estabilidad. Esencialmente múltiplo y anárquico, rechaza la unidad, destruye la gerarquía; disolvente por naturaleza, no permite al espíritu ni permanecer en una fé, ni sujetarse á una regla. La virtud misma es para él un sér vago que no tiene determinado asiento, que se alimenta de ilusiones, que no sufre la aplicacion de una norma invariable y constante. Esa santa necesidad de obrar bien, de andar por el camino de la perfeccion, debia serle incomprendible, repugnante en sumo grado; debia parecerle contraria á la libertad: como si el hombre que se obliga por un voto perdiese su libre albedrío, como si la sancion que adquiere un propósito cuando le acompaña la promesa hecha á Dios, rebajase en nada el mérito de aquel que muestra la necesaria firmeza para cumplir lo que tuvo la resolucion de prometer.

Los que han condenado esa necesidad que el hombre se impone á si mismo, é invocado en contra los derechos de la libertad, olvidan al parecer, que ese esfuerzo en hacerse esclavo del bien, en encadenar su propio porvenir, á mas del sublime desprendimiento que supone, es el ejercicio mas lato que puede hacerse de la libertad. En un solo acto el hombre dispone de toda su vida; y cuando va cumpliendo los deberes que de este acto resultan, cumple tambien su voluntad propia. "Pero, se nos dirá, el hombre es tan inconstante..." Pues para prevenir los efectos de esa inconstancia se liga con voto; y midiendo de una ojeada las eventualidades del porvenir, se hace superior á ellas y de antemano las domina. "Pero, se replicará, entonces el bien se hace por obligacion, es decir, por una especie de necesidad;" es cierto; mas, ¿no sabeis que la necesidad de hacer bien es una necesidad feliz, y que asemeja en algun modo al hombre á Dios? ¿Ignorais que la bondad infinita es incapaz de obrar mal, y que la santidad infinita no puede hacer nada que no sea santo? ¿No recordais aquella admirable doctrina de los teólogos que explicando por qué el sér criado es capaz de pecar, señalan la profunda razon, diciendo que esto procede de que la criatura ha salido

de la nada? Cuando el hombre se fuerza, en cuanto le es posible, á obrar bien, cuando esclaviza de esta suerte su voluntad, entonces la ennoblece, se asemeja mas á Dios, y se acerca al estado de los bienaventurados, que no disfrutan de la triste libertad de obrar mal, que tienen la dichosa necesidad de amar al Sumo Bien.

El nombre de *libertad* parece condenado á ser mal comprendido en todas sus aplicaciones, desde que se apoderaron de él los protestantes y los falsos filósofos. En el orden religioso, en el moral, en el social, en el político, anda envuelto en tales tinieblas, que bien se descubre cuánto se ha trabajado para oscurecerle y falsearle. Ciceron dió una admirable definicion de la libertad, cuando dijo que consistia *en ser esclavo de la ley*: de la propia suerte puede decirse, que la libertad del entendimiento consiste en ser esclavo de la verdad, la libertad de la voluntad en ser esclava de la virtud; trastornad ese orden y matais la libertad. Quitad la ley, entronizais la fuerza; quitad la verdad, entronizais el error; quitad la virtud, entronizais el vicio. Sustraed el mundo á la ley eterna, á esa ley que abarca al hombre y á la sociedad, que se extiende á todos los órdenes, que es la razon divina aplicada á las criaturas racionales; buscad fuera de ese inmenso círculo una libertad imaginaria, nada queda en la sociedad sino el dominio de la fuerza bruta, y en el hombre el imperio de las pasiones: en uno y otro, la tiranía, por consiguiente la esclavitud.

CAPITULO XXXIX.

ACABO de examinar los institutos religiosos en general, considerándolos en sus relaciones con la religion y con el espíritu humano: voy ahora á dar una ojeada á los principales puntos de su historia: de donde resulta, en mi concepto, una importante verdad, á saber, que la aparicion de esos institutos, bajo diferentes formas, ha sido la expresion y la satisfaccion de grandes ne-

cesidades sociales; un medio poderoso de que se ha servido la Providencia, para procurar, no solo el bien espiritual de su Iglesia, sino tambien la salvacion y regeneracion de la sociedad. Claro es que no me será posible descender á pormenores, pasando en revista los numerosos institutos que han existido; y ademas, esto seria inútil para el objeto que me propongo. Me limitaré, pues, á recorrer las principales fases de la institucion, presentando sobre cada una algunas observaciones; como el viagero que no pudiendo permanecer largo tiempo en un pais, se contenta contemplándole algunos momentos desde los puntos mas culminantes. Empiezo por los solitarios de Oriente.

Amenazaba próxima y estrepitosa ruina el coloso del imperio romano. Su espíritu de vida se iba por instantes extinguiendo, no habia esperanza de un soplo que pudiera reanimarle. La sangre circulaba en sus venas lentamente, pero el mal era incurable; síntomas de corrupcion se manifestaban ya por todas partes; y esto acontecia cabalmente en el momento crítico y terrible, en que debia apercibirse para luchar, para resistir al recio golpe que iba á precipitar su muerte. Presentábanse en la frontera del imperio los bárbaros, como las manadas de carnívoros atraidos por las exhalaciones de un cadáver; y en tan formidable crisis, estaba la sociedad en vigiliias de una catástrofe espantosa. Todo el mundo conocido iba á sufrir un cambio profundo; lo de mañana no habia de parecerse á lo de ayer. El árbol debia ser arrancado, pero su raiz era muy honda, y no podia desgajarse del suelo, sin cambiar la faz de la anchurosa basa donde tuviera su asiento. Encarada la mas refinada cultura con la ferocidad de la barbarie, la energía de los robustos hijos de las selvas con la muelle afección de los pueblos del Mediodía, el resultado de la lucha no podia ser dudoso. Leyes, hábitos, costumbres, monumentos, artes, ciencias, toda la civilizacion y cultura recogidas en el trascurso de muchos siglos, todo estaba zozobrando, todo estaba presintiendo su próxima ruina; todo auguraba que Dios habia señalado el momento supremo al poder y á la existencia misma de los dominadores del orbe. Los bárbaros no eran mas que un instrumento de la Providencia; la mano que habia herido de muerte á la señora del mundo, á la reina de las naciones, era aquella mano formidable que toca á las montañas, y las hace humear y las reduce á pavesas; que toca los peñascos y los liquida